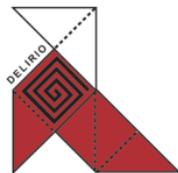
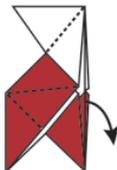
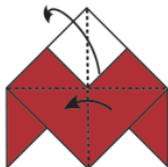
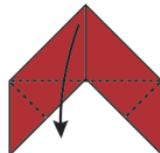
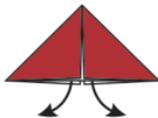
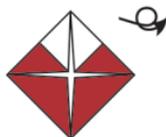
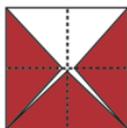
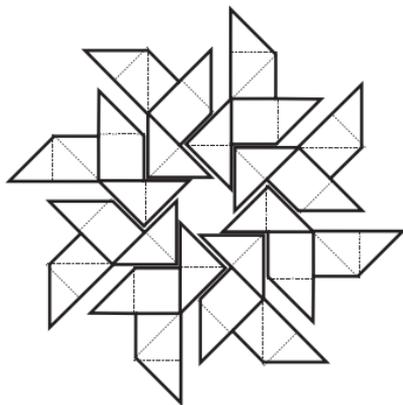


Apuntes para un tratado de cocotología

El arte de la pajarita de papel

Miguel de Unamuno





APUNTES PARA UN TRATADO DE COCOTOLOGÍA.
EL ARTE DE LA PAJARITA DE PAPEL

APUNTES PARA UN TRATADO DE COCOTOLOGÍA.
EL ARTE DE LA PAJARITA DE PAPEL

MIGUEL DE UNAMUNO

Prólogo de Fernando R. de la Flor

EDITORIAL



DELIRIO

Primera edición: octubre de 2021
APUNTES PARA UN TRATADO DE COCOTOLOGÍA.
EL ARTE DE LA PAJARITA DE PAPEL

Colección Tragos

© 1888 y 1902, Miguel de Unamuno y Jugo

© 2021, del prólogo, Fernando R. de la Flor

© 2021, EDITORIAL DELIRIO S.L.U.

www.delirio.es / info@delirio.es

Edición y diseño: Fabio de la Flor

ISBN: 978-84-15739-40-1

Depósito Legal: S 331-2021

Este proyecto ha contado con el apoyo de la Junta de Castilla y León



Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin la autorización expresa de la editorial.

ÍNDICE

- 9 *Prólogo*
15 *Apuntes para un tratado de cocotología*
57 *Apéndice*
67 *Historia de unas pajaritas de papel*
85 *Por una pajarita*

APUNTES PARA UN TRATADO
DE COCOTOLOGÍA

PROLEGÓMENO

En esta parte ha de tratarse de todo lo divino y lo humano, de lo conocido, de lo desconocido y de lo inconocible, arrancando siempre, a poder ser, de la nebulosa o del homogéneo primitivo si fuere preciso. Es de grandísimo interés, ante todo y sobre todo, establecer el concepto de la ciencia, pues sin haber establecido tal concepto es absolutamente imposible dar un solo paso en firme en ciencia alguna.

Lo del concepto de la ciencia nos llevará a tratar del problema del conocimiento, y con todo esto se puede llenar muy bien un tomo de regulares dimensiones.

HISTORIA DE LA COCOTOLOGÍA

Empezaré diciendo que la historia de la cocotología, como la de todo lo existente, posible y concebible, se pierde en la noche de los tiempos, y acudiré al Larousse a ver qué dice de ella. Y como es de suponer que no diga nada, consideraré a las pajaritas de papel como un juego infantil y haré la historia de los juegos infantiles y de todos los juegos en general. Con esto bien puede llenarse otro tomo.

RAZÓN DE MÉTODO

Aquí expondré el porqué trato primero de lo primero y segundo de lo segundo y por qué lo tercero ha de ir antes de lo cuarto y después de éste lo quinto. Ésta es una parte muy importante y en que se requiere mucho pulso, resabido es, en efecto, que el método lo es todo y que la ciencia se reduce al método, es decir, al camino, pues método significa en griego camino. Y teniendo en cuenta que hay dos clases de caminos, vías o métodos, unos parados, por los que el caminante discurre y anda, como son los caminos terrestres, y otros «caminos que andan», que llevan al caminante, como son las vías fluviales o ríos, dividiré a los métodos, y por consiguiente a las ciencias que los encarnan, en dos grandes grupos: métodos parados o terrestres, y métodos en movimiento o fluviales. De aquí las ciencias terrestres y las ciencias fluviales.

Y si me dijeren que esto es jugar con la metáfora, replicaré que todo es metáfora y así saldré del paso. Forzaré, además, la metáfora hablando de caminos o métodos férreos, como

los de las matemáticas, aéreos, funiculares, vecinales, senderos, veredas, atajos, etc., y terminaré de una manera magnífica y altamente sugestiva hablando del mar, que todo él es camino, y comparándolo con la filosofía, y del airé, que también es todo él camino, comparándolo con la poesía. Porque es preciso hacer entrar la poesía entre las ciencias. Aquí encajará lo de los «húmedos senderos» de Homero, y con tal ocasión hablaré de Homero y del helenismo.

ETIMOLOGÍA

La palabra cocotología se compone de dos: de la francesa *cocotte*, pajarita de papel, y de la griega *logia*, de *logos*, tratado. La palabra francesa *cocotte* es una palabra infantil y que se aplica en su sentido primitivo y recto a los pollos y por extensión a todas las aves. En sentido traslaticio, a las pajaritas de papel y a las mozas de vida alegre. Aquí habré de extenderme en una comparación entre estas mozas y las pajaritas, frágiles como ellas.

La primera cuestión que surge respecto al nombre de nuestra nueva ciencia es que es el tal un nombre híbrido, como el de *sociología*, compuesto de una palabra latina y otra griega, y son muchas las personas graves que han visto en eso del hidrismo de su título un fuerte argumento en contra de la nueva sociología.

Acaso fuera mejor llamar a nuestra ciencia *papyrornithiología* (παπυρορνιθιολογια), de las palabras griegas *papyrus* (πάπυρος), papel; *ornithion* (ορνίθιον), pajarita, y *logia*, pero

le encuentro a este nombre graves inconvenientes que me reservo mostrar cuando publique el tratado.

Y no dudemos de la importancia del nombre, importancia tal que precisamente lo más grave de una idea u objeto es el nombre que hayamos de darle. Rechacemos aquel absurdo aforismo de *le nom ne fait pas à la chose*, el nombre no hace a la cosa. Sí, el nombre hace a la cosa y hasta la crea.

¿No nos dice acaso el versillo 3 del capítulo I del Génesis, que «Dijo Dios: sea la luz, y la luz fue», oreándola así con su palabra, y no fue lo primero la palabra, según el versillo primero del capítulo I del Evangelio según Juan, que nos dice que «En el principio fue la palabra»? Fausto halla imposible estimar en tanto la palabra, el verbo, y lo traduce primero así: «En el principio era el sentido» (*Im Anfang war der Sinn*), mas luego lo corrige diciendo: «En el principio era la fuerza» (*Im Anfang war die Kraft*), y concluye por fin en decir: «En el principio era la acción» (*Im Anfang war die Tat*). No; Fausto divaga; digamos que en el principio fue la palabra y que luego de haber formado Dios de la tierra toda bestia del campo y toda ave de los cielos «Las trajo a Adán para que

viese cómo las había de llamar, y todo lo que Adán llamó a los animales vivientes, ése es su nombre» (Gén., II, 19). Y ese acto de dar Adán nombre a toda bestia del campo y a toda ave de los cielos, fue su toma de posesión de ellos, y hoy mismo tomamos posesión intelectual de las cosas al nombrarlas.

¿Qué es, en efecto, conocer una cosa sino nombrarla? Conocer una cosa es clasificarla, nos dicen los filósofos, es distinguirla de las demás, y cuanto mejor la distingues es que la conoces mejor. El hombre ignorante sólo sabe el nombre propio de las cosas, su *agnomen*, su nombre de pila que diríamos hoy; las llama Cayo o Tito, Pedro o Juan; el menos ignorante sabe su primer apellido; cuando se instruye más conoce ya el segundo apellido, y así sucesivamente. Cuanto más adelantamos en la ciencia de las cosas, más apellidos damos a éstas, conocemos mejor en el lugar que en su familia les corresponde. ¿La llamada historia natural se reduce para los más a otra cosa que una nomenclatura?

Preguntémosle a la palabra misma por su importancia y oficio, interroguemos a nuestra lengua latina, y ella nos dirá que la raíz del nombre *nombre*, NOMEN, GNOMEN, es

la raíz misma, GNO, del verbo *gnoscoo, cognosco*, conocer, y que esta raíz GNO es hermana de la raíz GEN, de *gigno*, engendrar; nombrar es conocer y conocer es engendrar, nombrar es engendrar las cosas. Y si se lo preguntamos a las lenguas germánicas y anglosajonas nos dirán éstas que la voz palabra, *word* en inglés, *wort* en alemán, es pariente del verbo *werden*, devenir, hacerse, generarse, siendo la palabra un hacerse, un devenir, un engendrarse. Sí, inefable e inconocible es una sola y misma cosa.

Razón tiene, pues, Carlyle cuando en su *Sartor Resartus* (lib. II, cap. I, Génesis) hace decir a Diógenes Teufelsdröckh lo siguiente: «Pues en verdad, como insistía a menudo en ello Gualterio Shandy, estriba mucho, casi todo, en los nombres. El nombre es el primer vestido en que envolvisteis al yo que visitaba la Tierra, vestido a que desde entonces se agarra más tenazmente (porque hay nombres que han durado casi treinta siglos) que a la piel misma. Y ahora, desde fuera, ¡qué místicas influencias no envía hacia dentro, aun hasta el centro, especialmente en aquellos plásticos primeros tiempos en que es el alma toda infantil todavía, blanda, habiendo de

crecer la invisible semilla hasta convertirse en árbol frondoso! ¿Los nombres? Si pudiera explicar yo la influencia de los nombres, que son el más importante de todos los vestidos, sería un segundo y gran Trismegisto. No ya sólo el lenguaje común todo, sino la ciencia y la poesía mismas, no son otra cosa, si lo examinas, que un exacto *nombrar*.. En muy llano sentido, dice el proverbio, “Llama ladrón a uno y robará...”». Así Carlyle.

Goethe, por su parte, en *Poesía y verdad* (II, 2), nos dice: «No estaba bien hecho que se permitiera aquellas bromas con mi nombre, pues el nombre propio de un hombre no es una capa que cuelgue de él, y a la que se pueda deshilar y desgarrar, sino un vestido que ajusta perfectamente y hasta como la piel misma que ha crecido con él y sobre él, y que, no cabe, debe preceder a la definición misma».

Y, por último, para acabar con las citas, conviene transcribir aquí aquellos preñados versos en que nos dice Shelley en su *Prometeo desencadenado* (*Prometheus un bound*, act. II, esc. IV) que «Dio al hombre el lenguaje y el lenguaje creó el pensamiento».

He gave Man speech, and speech created thought Which is the measure of the universe.

Con todas estas y otras consideraciones acerca del nombre, consideraciones que sacaré de mi cuadernillo rotulado *Onomástica*, justificaré la importancia capital que tiene el nombre que doy a la nueva ciencia, y cómo al nombrarla la creo. Porque el nombre y su etimología deben preceder a la definición misma.